

Segundo domingo del Tiempo Ordinario B2024

Quiero hablar hoy del misterio de la llamada de Dios. A veces la gente me pregunta: “¿Cuándo te diste cuenta de que Dios te estaba llamando a ser sacerdote”? Cuéntanos ¿cómo te convertiste en sacerdote? ¿Cómo sucedió? En mi respuesta siempre digo que hay dos cosas: lo que puedo explicar y lo que no puedo explicar. Lo que puedo explicar fácilmente es sobre mis antecedentes y el ambiente en el que crecí: familia católica, escuela católica, cantor de nuestro coro parroquial, monaquito de la misa, etc. En tal ambiente, no vi mi vida realizada de otra manera que ser sacerdote.

Sin embargo, no fui el único de mi edad que nació en una familia católica, fue monaquito, estuvo en el coro parroquial o asistió a una escuela católica. ¿Por qué no todos mis amigos en el coro o los monaquitos de la Misa se hicieron sacerdotes? Esto no lo puedo explicar. Al final, se llega a la certeza de que hay un profundo misterio en la base de cada vocación que no podemos explicar.

Dios no nos llama como lo haría por teléfono, dictándonos cosas que debemos hacer por él. Tampoco nos envía desde el cielo una copia de un mensaje con las cosas que quiere que hagamos. Lo que sucede es que sentimos una fuerte motivación que nos empuja a comprometernos con Dios y dar nuestra vida por él. Esta motivación por Dios nos lleva a dejar de lado otras opciones y oportunidades para que el deseo de servir a Dios se convierta en el único foco de nuestra vida.

Esta motivación contiene incluso un llamado moral a vivir una vida santa de tal manera que agrade a Dios en todo momento, en lugar de entristecerlo por un comportamiento inmoral. Tal postura corresponde más o menos a lo que dice san Pablo en la segunda lectura: “No son ustedes sus propios dueños”, (...) “Son ustedes el templo del Espíritu Santo”, (...) “Evitan la inmoralidad”.

En este sentido, la causa de Dios se vuelve más grande que nuestra vida misma a tal punto que queremos darle todo lo que somos y tenemos sirviendo a su pueblo. Esto es lo que sentí y por lo que, aunque todavía joven, quise ser sacerdote. Hay un misterio aquí que no puedo explicar. Es el mismo misterio que atraviesa la vida de Samuel y también de otros discípulos. Samuel pensó que estaba lidiando con Elí que lo llamaba. Y, sin embargo, como se dio cuenta más tarde, era Dios mismo.

La situación de los primeros discípulos, aunque ligeramente diferente, contiene el mismo elemento de misterio. Cuando Jesús les dijo que vinieran y vieran, tenían ante ellos toda una gama de cosas desconocidas, que tal vez descubrirían más tarde al quedarse con él. Además, al pedirles que vinieran a verlo, Nuestro Señor los invitaba a establecer relaciones con Él, a intentar conocerlo desde dentro y no sólo desde fuera. Esto fue cierto en el pasado como lo es hoy. Nadie puede construir una relación sólida con alguien cuando no puede entrar en su intimidad; de lo contrario, la relación sigue siendo artificial. Fue sólo cuando los discípulos permanecieron con nuestro Señor y aprendieron de él que llegaron a comprender las exigencias de su vocación y lo que tenían que pagar para ser verdaderos discípulos.

En cada vocación, la iniciativa viene de Dios y no del destinatario. Así fue con Samuel y así fue con los dos discípulos que nuestro Señor invitó a venir y ver dónde vivía. Siempre es Dios el primero que nos llama. Él nos precede en todo lo que hacemos, porque la iniciativa es suya.

Cuando sentimos fuertemente alguna inclinación por Dios o nuestro corazón está tan insatisfecho que comenzamos a hacer preguntas sobre Dios, es Él quien viene a nuestro encuentro. Dios no nos deja buscarlo en las tinieblas y en los desamparados. Él siempre viene a nosotros con los brazos abiertos. Él no se mantiene alejado de nosotros, sino que está cerca de nosotros y nos espera. Como dice San Agustín, ni siquiera habríamos comenzado a buscar a Dios si Él ya no nos hubiera encontrado.

A veces Dios utiliza la mediación humana para llegar a aquel a quien llama. En el caso de Samuel, fue el profeta Elí quien lo ayudó a discernir el llamado de Dios. En el caso de Andrés y Pedro, fue Juan Bautista quien presentó a los dos discípulos a nuestro Señor. En otros casos, podría ser el esfuerzo y el estímulo de los padres o familiares, a sus hijos, lo que puede alimentar una vocación. Donde falta este ánimo y este esfuerzo la vocación puede morir.

El hecho de que Dios tenga la iniciativa del llamado no significa que las cosas vayan a ser fáciles. Ninguna vocación es fácil. Todos son exigentes; Requieren sacrificio y disciplina. Debemos luchar por quedarnos fieles. Los discípulos que siguieron a Jesús tuvieron que abandonar a su maestro, Juan Bautista. El mismo Juan tuvo que dejar ir a sus discípulos y aceptar ser humilde ante la presencia de Jesús. En la sociedad judía, Juan era un maestro respetado. Cambió la vida de muchos a través de su enseñanza. Si se le diera tal honor, pensaríamos que se mantendría en su puesto. Sin embargo, en el Evangelio invita a sus discípulos a dejarlo y transferir su lealtad a Jesús. Y, sin embargo, la experiencia humana nos enseña que no hay tarea más difícil que ocupar el segundo lugar después de haber disfrutado del primero. Juan, por el contrario, nos enseña humildad, sinceridad y desapego.

De la misma manera, los discípulos tuvieron que cambiar para adaptarse a la nueva situación que Jesús exigía. Tuvieron que dejarse transformar. Esta transformación se muestra en el Evangelio a través del cambio de nombre de Simón que pasa a ser Kefás. El cambio de nombre denota una nueva relación con Dios. Cuando una persona entra en relación con Dios, se convierte en una nueva persona. Por eso en el pasado, cuando alguien entraba en la vida religiosa, se le daba otro nombre.

Sin embargo, no debemos tener miedo porque el llamado es exigente. Dios nunca nos llamará a alguna misión sin darnos la gracia para cumplirla. Siempre debemos recordar que el Señor nos ayudará a pesar de nuestras debilidades humanas. Conociendo nuestras debilidades, podríamos tener miedo de trabajar para Dios. Pero tenemos que saber que el Señor está con nosotros. Él no mira nuestro estado actual, sino el potencial que hay en nosotros y lo que podemos llegar a ser bajo su guía para la gloria de su nombre y la salvación de aquellos a quienes nos envía.

Pidamos al Señor que nos fortalezca en nuestra vocación. ¡Que nos dé el valor de estar abiertos a nuestros hermanos que pueden ayudarnos a discernir nuestra vocación! Que Dios bendiga y fortalezca a quienes ya han respondido a su llamado.

1 Samuel 3: 3b-10, 19; 1 Corintios 6: 13c-15^a, 17-20; Juan 1: 35-42



Fecha de la Homilía: el 14 de Enero, 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240114homilia.pdf